

LATITUD SUR: 36° 45' 50'' LONGITUD OESTE: 72° 55'

La tripulación aquí presente se reporta y da fe de ser descendiente de la misma antigua y soberbia estirpe de navegantes que un día como hoy emprendieron la Odisea arquitectónica siglos atrás.

En vista del tiempo perdido, de la magnitud de la tarea que nos aguarda, de la urgencia que requiere nuestro actuar, y aprovechando la solemnidad que reviste este momento para los aquí presentes, creemos necesario una vez más precisar nuestro rumbo.

Luego de una jornada particularmente extensa en alta mar, sorteando todo tipo de adversidades, desafiando y superando cuanto enemigo acechó y con los corazones inflamados por el fuego que enciende nuestro logro, hoy por fin arribamos a puerto. Puerto transitorio, eso sí, donde tendrá lugar el anhelado encuentro con los que amamos y donde nos aprovisionaremos para el próximo zarpe.

Si tuviésemos que relatarles todos los acontecimientos que tuvieron lugar en este tramo de nuestro viaje, este encuentro se prolongaría más allá de lo esperado y sabemos bien que todos desean irse a casa a compartir este importante logro alcanzado por nosotros. Por lo demás no es intención nuestra el hacer una detallada descripción de los eventos acontecidos a cada uno. Sería tarea larga e infructuosa para nuestro fin. Ello, porque hemos aprendido, entre otras cosas, que lo más importante a la hora de realizar la Odisea no somos nosotros, Arquitectos, sino la Arquitectura, y por lo tanto hemos de abogar por lo suprapersonal, aquello que se eleva por sobre nosotros, individuos, para situarse en el lugar de lo universal, de las cosas que son porque son. Son estos actos los necesarios ya que por la potencia de su verdad se transforman en luminosos faros que día y noche sostienen nuestro devenir, permitiendo un avance certero y un seguro retorno a puerto.

Nada de esto sabríamos si no hubiésemos emprendido la marcha, y fue así como en el bergantín Bio Bio I nos hicimos a la mar sin más equipaje que el cargado en la memoria. Desde ese momento todo fue revelación. Mientras el puerto desaparecía lentamente entre el incertidumbre y la melancolía, nuestros rostros se volcaban hacia el horizonte que desde siempre nos aguardó. Entonces consolidamos la tripulación, estrechamos lazos de amistad y juntos nos adentramos por nuevos territorios. Nada nos aseguraba el éxito, excepto la inocente e incontenible pasión del que se adentra por primera vez en las portentosas aguas del Arte. De este modo, aferrados a nuestros credos, comenzamos nuestra instrucción en los diversos aspectos que harían de nosotros navegantes de alta mar.

Se sobrevivieron entonces inolvidables horas de matemáticas. Inolvidables por tener que presentarnos a las ocho de la mañana en cubierta y por las bajas temperaturas que debíamos soportar. Nada de eso hubiese importado si tan solo nos hubiesen transmitido la inmanencia de la Geometría y la potencia de las proporciones en el hombre. La misteriosa belleza de los números aún aguarda por nosotros.

Luego de un breve recreo, un café, un cigarro y quizás una profunda conversación de pasillo, pasábamos de los números a la construcción. No era de sorprender entonces que muchos de nosotros no respetara la disciplina de los ojos bien abiertos hacia las once de la mañana. Aún así comprendimos la importancia de la estructura, el profundo sentido del material y la buena técnica a la hora de concretar. Por lo demás, siempre existía el riesgo de toparnos con el Almirante Valverde. En verdad debíamos estar preparados.

Entonces llegaba mediodía. Cada uno en lo suyo, almorzábamos, comentábamos lo aprendido y escrutábamos el horizonte. Cuando daban las tres en punto nos presentábamos nuevamente con todos los implementos necesarios para la lección de Composición Arquitectónica. Fue entonces cuando supimos del Almirante Meissner, de la verticalidad y de la Horizontalidad y de la importancia de equilibrar ambas. Ramo peligroso, creemos, considerando que más de alguno terminó creyendo que la Arquitectura no es más que un mero juego formal.

Lugar de privilegio ocupan en nuestros corazones los cursos de Historia. Privilegio que le otorga la jerarquía de su significado para nuestro viaje. Y claro, la historia es ni más ni menos que nuestra memoria y debemos hacer uso de ella si no queremos perderla, porque la memoria es frágil por naturaleza. Ella nos muestra el camino trazado y por principios de correspondencia, el que debemos seguir. Sin embargo el ánimo de romper nuestros lazos con ella (irrompibles por lo demás) ha dejado a la deriva infanterías completas. El riesgo es demasiado grande. Quien crea que todo parte hoy, que abandone ahora. Distinto es que todo comienza con nosotros. El retorno a puerto principal tendrá lugar siempre y cuando internalicemos la importancia de la tradición; no para copiar sino para crear. No lo decimos nosotros sino los dioses del mar.

Finalmente todos las tardes de martes, miércoles y viernes que duró nuestra travesía, tenía lugar el rito más sagrado; aquel que dice relación con la comunión y

ARQUITECTURAS DEL SUR Nº 27
UNIVERSIDAD DEL BÍO-BÍO
Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño
Avenida Collao 1202, Casilla 5-C
Fono: 263409. Fax: 313897
E-mail: arcardo@yahoo.com
CONCEPCIÓN - CHILE

Director:
Arqta. Ricardo Hempel H.

Comité Editorial:
Arqta. Roberto Burdiles A.
Arqta. Gonzalo Cerda B.
Arqta. Iván Carlos S.
Arqta. Patricia Morgado U.
Arqta. María Dolores Muñoz R.
Prof. Eduardo Meisner G.

Edición y Diseño:
Arqta. Gonzalo Cerda B.

Foto Portada:
Cerro David Fuentes, Talcahuano
Guillermo López

Diseño Portada:
R. Burdiles A.; G. Cerda B.; C. Peña M.

Edición Gráfica Computacional:
KYBALION

Impresión:
Green Print-Impresores
(Quien solo veía como impresora)
Concepción - Chile

aplicación de todo el conocimiento acumulado. Eran estas las tarde de Taller. Aquí nos instruimos acerca de los aspectos primordiales que dicen relación con el objetivo último de nuestro viaje: el descubrimiento de la Arquitectura.

Fue entonces imprescindible conocer nuestro barco en profundidad. Nos turnamos constantemente el lugar de vigía hasta que comprendimos la importancia de la permanente observación. Solo en este estado de vigilia podríamos penetrar lo desconocido y vislumbrar aquellos destellos que día y noche anunciaban la proximidad de tierra firme. De este modo, merced a los bondadosos vientos en nuestro mar sin agua, y con nuestro astro interior como guía, navegamos por la memoria adormecida.

Navegamos y navegamos, más allá del Atlántico y el Mediterráneo, con el viento a favor y sin desvarío, navegamos. Más allá del Gótico y los Argonautas, y lentamente comprendíamos que el camino recorrido por la historia estaba lejos de la casualidad.

Por las noches, en presencia de la luna, escribíamos a nuestros padres, tratando de hacerles comprender la magnitud y la belleza de algo que presentíamos pero que para nosotros tampoco era explicable aún. Nuestra convicción en lo necesario y bien fundado de nuestro actuar nos mantenía en pie.

Y proseguimos, sin temor, más allá de Magallanes y Colón, más allá de Aristóteles y Platón. Fue entonces cuando súbitamente nuestra brújula comenzó a delirar y los mares, hasta ahora navegables paulatinamente se cubrieron de bruma. Al comienzo el pánico se apoderó de nosotros y nos culpábamos mutuamente por la falta de precisión. Verificábamos nuestras cartas geográficas una y otra vez; nuestros cálculos eran correctos y las coordenadas exactas. Sin embargo no comprendíamos la causa de nuestro desajuste.

Sin más alternativa desembarcamos dispuestos a develar el misterio acaecido; no obstante intuíamos la respuesta a nuestras preguntas. Por ello, antes que nada aprendimos sus códigos de lenguaje y aunque aún reconocemos falta de dominio por nuestra parte, un buen tramo del camino ya estaba recorrido. Y es que, conscientes de la fragilidad de nuestra memoria, supimos que nuestros códigos de comunicación hacia un buen trecho no hallaban eco en pueblos tan distantes y disímiles como estos. La lógica de nuestro viaje nos hizo comprender la importancia de un accionar abarcador para penetrar los pensamientos fundadores, hoy día ocultos por la bruma del olvido. Creímos ser consistentes olvidando que solo somos hijos de una época, que pertenecemos a ella y que con ella debemos actuar. Sujetos a un accionar reduccionista y pretencioso, creímos ser todo cuando solo somos parte. Como arquitectos de nuestra era quisimos comprenderlo todo desde el "espacio", creyendo que esta era la única realidad de la arquitectura. Sin embargo esta pensamiento no tuvo correspondencia alguna con el existente en aquellas latitudes.

En efecto antes de la civilización Griega nadie nunca habló del espacio. Sin embargo sublimes obras de Arquitectura ya habían sido realizadas. ¿Cual era entonces la sustancia de la Arquitectura antes del espacio? Y no podíamos dejar de preguntárnoslo considerando que los Pirámides Egipcias ya se habían realizado y que por otro lado la sociedad egipcia se empujó por sobre los three thousands años de edad. Three thousand años de civilización no se sustentan en la nada, y nuestra Arquitectura no tiene porque hacerlo.

Buen trecho nos llevó comprender que la Arquitectura no se sostiene exclusivamente en el espacio.

Entre dianas y abrazos abordamos nuestro bergantín, recogimos amarras y en plena consciencia de lo descubriendo emprendimos el retorno, rumbo Oeste. Con la rapidez que nos otorgaba la certeza de conocer la ruta de vuelta, y junto a los deseos incontables de compartir nuestro logro con los que aguardaban, pronto estábamos de vuelta en el Pacífico Sur. Nuestro espíritu se estremeció al son de grito del vigía que, anunciando el avistamiento de

tierra firme, selló desde ese momento y para siempre nuestro compromiso.

Cuando por fin nos acercamos al puerto que nos vio partir constatamos algo que ya sabíamos: nada era igual, y no porque el puerto hubiese cambiado. Somos nosotros, Arquitectos, los que pudiendo ver lo que nunca antes y más, habíamos transformado nuestro viaje por nuestra propia transformación en un descubrimiento; acto irrevocable que hoy señala nuestro presente.

Descubrimos que la Arquitectura no es solo espacio. Decir que la Arquitectura se sustenta exclusivamente en el espacio equivaldría a decir que el ser humano es solo cuerpo. El espacio guarda relación con la materia, la materia con lo inerte y lo inerte con la muerte. La vida de una obra de Arquitectura provendrá entonces de algo inmaterial que invisiblemente la sostiene, sustancia que reside en algo trascendente. Será éste el pensamiento arquitectónico; nuestro ser transfigurado en pensamiento que activamente subyace la obra. Por ello, hoy día poseemos la profunda convicción de que la Arquitectura no es algo exterior a nosotros sino que nosotros somos la Arquitectura misma. Ella nada tiene que con modas, estilos o formalismos arbitrarios. La Arquitectura simplemente debe ser.

Con esta convicción, hoy 27 de mayo de 1998, arribamos a puerto sabiendo que mañana debemos partir nuevamente. Reconocemos lo agitado de los mares por los que debemos navegar hoy para salir mar afuera, pero nos tranquiliza el saber que poseemos herramientas suficientes para no zozobrar en el intento; la decisión es de cada uno.

Voluntad suprema y una perseverancia a toda prueba serán imprescindibles para adentrarnos en lo desconocido. Ya sabemos que enfrentar lo desconocido no significa ausencia de ruta. Nuestro avance será certero; certeza basada en la comprensión de que nuestro viaje es por todo mayor que no es continente sino contenido y por lo tanto con pasado y futuro.

Hoy nos vemos enfrentados a un nuevo desafío. Un nuevo océano debemos navegar. Desde los mares del Cono Sur, una profunda convicción nos inunda y evidencia que también nosotros debemos jugar un rol en el transcurso de la Odissea.

Hoy, a medio camino entre Occidente y Oriente instamos a los tripulantes que abordan el Bío Bío I a transformarse en descubridores. Solo mediante el descubrimiento develaremos el conocimiento, faros luminosos que se encienden para nunca apagarse, y que juntos son un solo gran destello; luz que no sabe de sombras.

No podemos despedirnos sin antes declarar nuestro profundo agradecimiento a nuestros capitanes quienes nos iniciaron en la navegación de alta mar. Nuestra despedida nunca será definitiva porque tenemos la profunda convicción de que ustedes están en nosotros tanto como nosotros en ustedes.

El sol se posa, mañana zarpamos nuevamente.

Ha llegado la hora de fundirnos en un sincero abrazo con aquellos anónimos corsarios que siempre nos provisionaron de energías cuando flaqueamos frente a la adversidad. Son ellos nuestros padres los que financiando cuanta loca empresa quisimos emprender, están aquí hoy como mudos testigos de un logro compartido.

Sepan que nuestra alegría es tan incommensurable como nuestro agradecimiento y profundo amor por ustedes.

Claudio Arnedo, Arquitecto

Discurso pronunciado el 27 de mayo de 1998, en la Ceremonia de Titulación de la Escuela de Arquitectura de la Universidad del Bío-Bío Concepción-Chile.